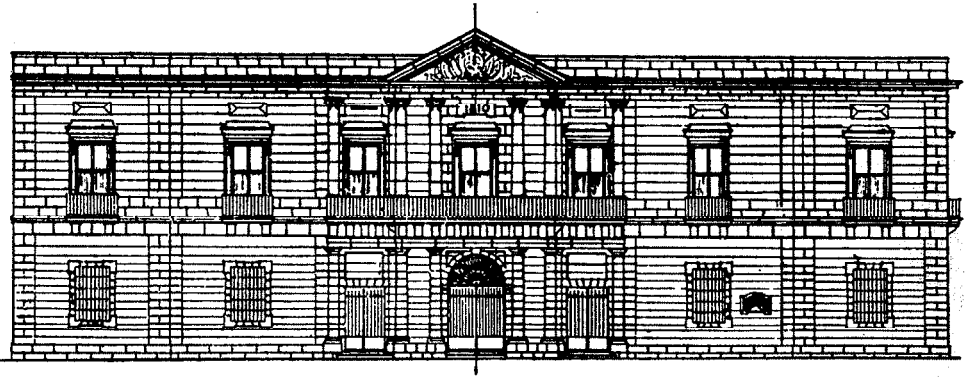

William Rey Ashfield

Arquitecto. Profesor Adjunto de Historia de la Arquitectura Nacional y de Historia Universal de la Arquitectura en la Facultad de Arquitectura, Universidad de la República. Profesor de Historia del Arte en la Facultad de Humanidades, Universidad de Montevideo.



Montevideo: Contrariedades de un urbanismo ilustrado

La Ilustración introdujo en Europa importantes cambios en la visión del fenómeno urbano. Desde lo simbólico a lo proyectual, la ciudad fue percibida en forma alternativa al marco sistémico barroco. En América, durante los tiempos de la Colonia, si bien se registran algunas transformaciones, se plantean también marcadas continuidades con la ciudad histórica.

Los tiempos de las nuevas repúblicas americanas marcan, en cambio, una ruptura más profunda, que no siempre expresa el necesario triunfo de la Razón, al incorporar los aspectos menos trascendentes del urbanismo ilustrado y perder a su vez el aporte más significativo de la tradición higienista y topográfica de la vieja ciudad indiana.

Desde lo urbano, la ilustración europea significó importantes cambios y transformaciones en el proceso de *proycción* de arquitectos y urbanistas. Para entonces, estos dejaron atrás la concepción sistémica de origen barroco, donde todos los puntos neurálgicos de la ciudad se interrelacionaban en términos viales y visuales, como

un todo continuo y como producto integrado, más que adicionado, de centros significativos (plazas, monumentos, edificios trascendentes).¹

La ciudad ilustrada apelará en cambio a intervenir parcialmente en el trazado y el tejido urbano, planteando una concepción alternativa, donde la parte adquiere un importante valor en sí mismo. Precisamente, la intervención de los arquitectos está acotada a determinados tramos, obviamente importantes para la ciudad en su conjunto, pero no en la misma relación de sistema y dependencia que planteaba el barroco.

Esto no significa que se hayan sustituido los antiguos componentes de representación (el edificio, el monumento, etc.) como hechos objetuales, pero sí podríamos decir que el segmento urbano adquiere una valoración novedosa.²

Desde lo territorial, el barroco incorporó la idea de ciudad capital, en una Europa subdividida en distintos reinos y principados. Las transformaciones operadas durante la Ilustración no fueron en contra de esta idea, consolidándola en cambio.

En América, un número importante de ciudades ya habían sido fundadas por España hacia el siglo XVI. Por entonces, comenzaban a crecer como pequeñas unidades urbanas lo que serían luego importantes ciudades latinoamericanas.³ Unidades por cierto, que formarían parte de un gran sistema territorial y económico, y no marcos autónomos, como sucedería años más tarde, luego de los movimientos emancipadores.

Montevideo nace tardíamente, en la primera mitad del siglo XVIII por razones de defensa territorial. El avance portugués ponía en peligro el control de la bahía natural donde se asienta hoy nuestro puerto. Para esto, primero un fuerte y luego una ciudad, aseguraron por casi un siglo el control hispano sobre estos territorios.

Montevideo nace así, bajo el gobierno del primer rey Borbón, Felipe V, quien asume las transformaciones ideológicas y culturales que ya había procesado esa Casa Real en Francia.

En cuanto al trazado urbano, esta capital no registra cambios importantes respecto de sus antecesoras, como así tampoco las demás ciudades contemporáneas que se fundan en forma ex-novo, en América. A excepción de las conocidas transgresiones, de hecho bastante comunes en todas las urbes hispanoamericanas, Montevideo responde al marco normativo de las Leyes de Indias.

Su rol básicamente militar, traducido en la estructuración defensiva de los bordes físicos, expresa las limitaciones propias de un centro urbano de segunda jerarquía, en

- 1 Tomado como antecedente el plan manierista de Sixto V para Roma, son representativas las intervenciones de Enrique IV para París o la visiones de Luis XIV para Versalles.
- 2 La intervención de John Nash en Londres o la de Percier y Fontaine en París son ilustrativas. Tanto Regent Street como la Rue de Rivoli constituyen propuestas lineales donde el recorrido del segmento es tan importante como la llegada a un nodo urbano singular.
- 3 La mayor parte de las capitales latinoamericanas actuales estaban, por esos años, ya fundadas.

el contexto colonial. Al mismo tiempo, su organización planimétrica como ciudad mediterránea y no como ciudad puerto, según la diferencia establecida en las Leyes de Indias, define una contradicción con las características naturales del borde costero en el que se inserta y con las potencialidades comerciales que la bahía presentaba.⁴

Esta definición plantea aquí una contradicción esencial con la razón: Montevideo es fundada para impedir el control de la bahía por parte de los portugueses, pero una vez afirmado dicho control, la ciudad le da la espalda al bien que corría peligro de quedar bajo dominio enemigo.

El sueño de un orden del que nos habla Angel Rama no desaparece aun bajo la óptica ilustrada de los Borbones, y la ciudad sigue siendo “un parto de la inteligencia” más que el resultado lógico de una fundación pragmática.

Sin embargo, la base doctrinaria que respalda el trazado de ciudades en la América Hispana responde a una visión higienista y topográfica que se perderá luego en el urbanismo republicano.⁵ Paradójicamente, la voluntad de ruptura con el modelo colonial no permite afirmar que las propuestas sustitutivas posteriores establecieran cambios positivos, acordes con la visión iluminista de progreso.

Hacia el último tercio del siglo XVIII, con la habilitación oficial de su puerto, Montevideo inicia un proceso de cambios en su estructura edilicia, aumentando el porcentaje de tierra urbana ocupada y mejorando sustancialmente el stock arquitectónico en materia de vivienda. Este proceso alcanza su punto más alto con la presencia del primer arquitecto académico que llega a nuestras costas: Tomás Toribio.

Cumpliendo con el objetivo central de su viaje a Montevideo⁵, Toribio participó también en la *proyección* de importantes edificios de la ciudad, como el Cabildo y la Catedral. Para esto manejó el repertorio clásico exigido por la Academia de San Fernando, órgano oficial surgido en el marco de las transformaciones iluministas operadas en España. Una sola teoría arquitectónica y un solo lenguaje formal son parte de este pensamiento ilustrado, signado por la idea de unidad cultural, sustitutiva por cierto, de las pluralidades regionales permitidas por los Austrias.

A pesar de esta intervención académica, los mencionados edificios no se vieron finalizados hasta algunos años después del período independiente, por lo que su vocación de “monumentos” está más determinada por su rol programático y por su volumetría que por sus valores formales y definiciones de fachada.

Las visiones republicanas de ciudad, asociadas al modelo civilizador del que habla Leopoldo Zea,⁶ plantean una múltiple ruptura urbana con la vieja ciudad colo-

4 Aún persiste, durante estos años, la política de puertos únicos, que ordena en forma reductiva la dimensión territorial.

5 En el caso de Uruguay, la legislación y la praxis urbana perderán, sobre todo, esa valoración higienista hasta bien entrado el siglo XX en que, de distinta manera, será replanteada.

6 Asumimos la dicotomía modélica que utiliza Leopoldo Zea, en su *Filosofía de la Historia Americana* al identificar en los comienzos de la vida independiente de los estados hispanoamericanos dos proyectos políticos: el conservador, representado en el pensamiento de figuras como Andrés Bello, Lucas Alamán o Juan Manuel de Rosas, y el civilizador, cuya figura más representativa que fue sin duda Domingo Faustino Sarmiento.

nial, comprendiendo variantes en el trazado⁷, utilización de nuevos monumentos representativos de la nacionalidad, manejo de nuevos lenguajes arquitectónicos y jerarquización de ciertos programas, como es el caso de los teatros, los que comienzan a competir en volumetría con las arquitecturas coloniales de mayor jerarquía (las iglesias, las sedes del poder colonial, etc.).

Desde cierto ángulo, la ciudad republicana traslada las aspiraciones urbanas de la Ilustración europea y, más concretamente, repite la experiencia de sus académicos en estas tierras.⁸

Las transformaciones operadas sobre edificios existentes acentúan aún más esa vocación rupturista o contramodélica de lo hispano. Los cambios operados en la fachada de la Catedral de Buenos Aires son, en este sentido, un buen ejemplo. La demolición de las viejas fortificaciones españolas en Montevideo, a partir del decreto de 1829, ratifican esta modalidad, oponiendo la idea de progreso, crecimiento y civilización al "oscurantismo y barbarie" del pasado hispánico.

En general, las capitales latinoamericanas recogerán esta visión civilizada a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pero ejemplos como Buenos Aires y Montevideo expresarán muy tempranamente los impactos de un urbanismo ilustrado, sólo interrumpido por los gobiernos de Rosas y Oribe, mucho más afines al urbanismo indiano y a la arquitectura neoclásica de origen hispano.

La estructuración de una ciudad alternativa es impostergable para el proyecto civilizador, ya que es la ciudad el instrumento de cambio y "el lugar geométrico de la civilización". El campo, en cambio, muchas veces identificado como el desierto⁹, es para este proyecto el espacio de la barbarie.

De esta manera, los mayores recursos se concentran en la ciudad como una incuestionable "sede del progreso". La inversión en arquitecturas representativas y en infraestructura de servicios resulta determinante como forma de lograr semejanzas con los nuevos paradigmas culturales: París particularmente, pero también Londres y Roma.

La comprensión de la ciudad como eje del proyecto político lleva muchas veces a exaltar esa misma dimensión urbana más allá de la realidad. Ciertas descripciones de viajeros extranjeros, o bien la del propio Sarmiento en su Viaje de Valparaíso a París, no se ajustan a la realidad en el afán de ver materializado el sueño de sus referentes.

La ciudad de Rama "como parto de la inteligencia" parece transformarse entonces en un parto de la fantasía.

7 Proyectos como el plan de Reyes para la Ciudad Nueva de Montevideo o el del Ing. Santiago Bevans para Buenos Aires son representativos de estos cambios.

8 El Río de la Plata contará con una presencia importante de académicos de origen francés e italiano que son invitados, en muchos casos, por los gobiernos emergentes de la emancipación: Catalin, Benoit, Zucchi, los hermanos Poncini son algunos ejemplos.

9 Muchas campañas militares se identificarán, bien entrado el siglo XIX, como "campañas del desierto". Todo lo que está afuera de la ciudad es la "nada", que se representa precisamente como "el desierto".

En esta dicotomía, claramente establecida por Sarmiento en *Facundo*, se define, no solamente el valor representativo de lo urbano, sino un modelo territorial diferente, contradictorio y paradójico. En la visión progresista e iluminista de la ciudad, como realidad presente y proyecto de futuro, las polis oligárquicas¹⁰ de Latinoamérica son la última representación de la ciudad antigua, ya desaparecidas en gran parte del viejo continente. Minimizando el rol del verdadero territorio económico que era el campo y sobredimensionando la significación de su espacio urbanizado, la mayoría de estas ciudades serán incapaces, durante años, de generar economías alternativas de consideración. Algunas de ellas continuarán hasta el presente bajo esa misma dinámica, no sin olvidar la enorme "función representativa" que aquel proyecto civilizador le asignara entonces. 🍷

10 Este es el término que Alberto Methol Ferré utiliza para identificar aquellas ciudades hispanoamericanas, sedes de sectores económicos dominantes, que se transformarán, por el imperio de su decisión, en las capitales de los nuevos países independientes. Los territorios nacionales son sólo el espacio de producción y las ciudades, el ámbito de consumo y decisión.